

VII

VICTORIA DEL ORDEN

Sí, se han salvado el orden y el Estado, y creo que es por la quinta ó la sexta vez; el esteamer proveedor del presidio está en nuestras radas; durante ocho días se ha tropezado con cadáveres, fosas, moribundos; ya se ha acostumbrado uno; se ha hecho justicia muy pronto; se ha matado hombres, mujeres, niños, de todo, un revoltijo.

Ahora son forzados que comen de la tartera vestidos con trajes de la chusma, varios que eran los sepultureros de la tiranía y cuyo nombre célebre habíamos visto volar desde el Volga al Ebro, desde el Tajo al Niemen. ¡Victoria! No se han hecho las cosas á medias. Para salvar á la patria y delante del enemigo, París había tenido durante cinco meses el rumor inmenso de las selvas que el viento parece volver locas; se parecía al sombrío huracán libiano; ha sido menester hacerle callar un poco; está bien, ya estamos aliviados; porque es una pena una ciudad empeñada en libertar á Francia. Alemania nos dice á media voz: ¡Gracias! Los cafés se han vuelto á abrir, las iglesias también; la paz sangrienta sale de la guerra civil; tenemos el orden de más y aquella ciudad de menos. Hay quien hubiera querido tal vez menos muertos; pero ¿no es lo corriente que un caballo tenga demasiada espuma en el bocado cuando ha corrido mucho? La bomba no ve más claro que el trueno; en tan duros combates los golpes en falso están permitidos al Júpi-

ter de lo alto, lo mismo que á los Jupines (1) de abajo. En una palabra, estamos salvados. De todos los corazones sale este grito de entusiasmo y de felicidad: ¡Silencio! ¡Que nadie piense y que nadie hable más!

Es hora de que la mar ascendente tenga su reflujo y que el útil viento de la tumba desaliente á todas esas libertades que hacen un ruido de tormenta. Este siglo tiene demasiados relámpagos, rayos y truenos; bueno es, y así lo vemos al fin, que un puño salvador, salido de las tinieblas, le estreche; la sociedad quiere, la religión reina; en el derecho divino, en el *sylabus* es donde está la salud, pues el pueblo es casi un abuso. De ahí este gran éxito: la sombra en la fragua; ¡el 89 castigado de su 93!

VIII

En Bélgica (y ¡ay! tal vez también en otras partes) la justicia, el derecho, la ley, son un adorno; para el pueblo sale de ello un brazo armado de una espada; pero si pasa alguno de arriba, esto se quita; el juez es un marco, Temis es un cartón, la áspera y sombría magistratura es un carnero en carretilla, y el código es un aprisco; para hacer desvanecer la fantasmagoría basta el silbido bien dado que se oye en el teatro y también en los bosques.

Ejemplo: unos dandys ridículos salen con sus gorronas, oh Brillat-Savarin, de la bodega donde tú cenarás, y, alegres cenadores, quieren con razón servir al

(1) Jupín, nombre con que se designaba irónicamente á Júpiter en el francés de la Edad media.

orden entrando á saco una casa; si han bebido buen vino, si aquel populacho se compone de gente con título, de hombres en plaza, de barones, de marqueses, de príncipes, de lacayos, miserables bien presentados, asesinos del género chisgaravís, si son bandidos á la última moda,

incapaces de coger un sueldo de mi cómoda, haciendo coro con sus voces, tarareando un *couplet*, deseando matar sólo al que les desagrada, ningún magistrado debe turbar aquella chanza. Si el principal truhán es casi un personaje; si han tenido la precaución de ser en número suficiente, armados y cincuenta contra uno solo, ciento si es preciso; si son prudentes; si en aquella guarida no han de temer más que á dos chiquillos guardados por un abuelo; si se trata de un francés cualquiera, de un quidam,

el señor Anspach se convierte en burgomaestre de Saardam, ni un agente de la autoridad, ni un exento se mueve; que, ¿alguien cree que Kerwin va á enfadarse y á ponerse colorado contra su hijo que hace en la sombra una treta encantadora? La policía se cambia en Bella durmiente en el bosque. Como en el fondo la justicia es un dengue, siendo admitido el estado á quien agrada la cosa, y que transforma en cipo, en poste, en mojón, en peón, á aquel dogo, el gendarme, y á aquel linco, el espía, todo va á las mil maravillas y se deja hacer; Anspach bebe aquel alboroto como si fuera un somnífero. ¿Acaso se molesta á la gente por tales miserias? ¡Un asalto! ¡A lo sumo un homicidio! ¿Qué es eso? Después de todo está bien hecho. ¡Diviértete, juventud! Dormid, señor Berden; roncad, señor Cornesse. Somos regidos por leyes complacientes. ¡Forzar una puerta, sitiar un edificio! ¡Bravo! Esos tranquilones no son más que belitres. ¿No se ha de

ir á molestar á alegres rompedores de cristales, por una piedra que hubiera podido matar á un niño? ¿Proteger al hombre atacado? No, al que se defiende es al agresor.

Entonces, en la sombra livida luce una metamorfosis en que Ovidio se recrearía, y la amable mitología reaparece. Toda una capital es convertida en selva; la patrulla encantada imita al cangrejo; en casa de Argos sonriente, Morfeo está de servicio.

Bruselas, 30 mayo 1871.

IX

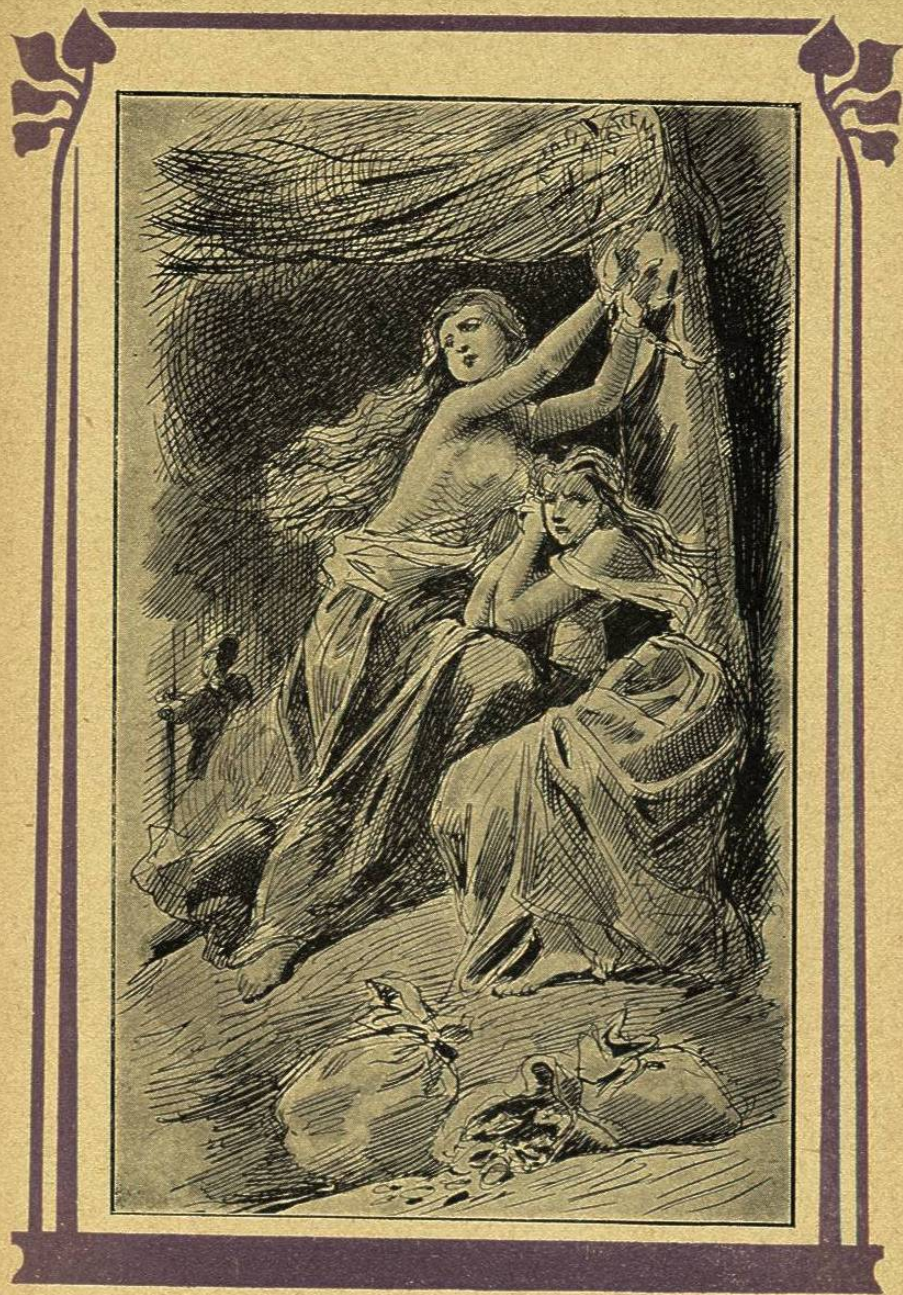
Á UN REY DE TERCER ORDEN.

Rey, tú me has expulsado, me dicen. Poco me importa. Además, un acaro, en un diario cucaracha, me ultraja de tu parte y de parte del cielo; real afrenta que babea en estilo oficial. No te contesto. Tengo esta impolítica. Mira, rey, ser una alteza no es gran cosa. A tí y á tu periodista os ignoro, pues estoy muy ocupado con las flores que Dios en este instante nos prodiga y en querer festejar el mes de las rosas. Además, yo no creo que las grandes esfinges melancólicas ni que el sombrío escollo contra el que va á chocar el alción, llamen mucho la atención en el infinito, uno al grano de arena, el otro al chorro de espuma. Que un cortesano insulte y una lamparilla humee, es muy sencillo; un soñador no se irrita por ello. Por eso estoy tranquilo respecto á tu majestad. Puedes condecorar tranquilamente á tu burgomaestre. Por la

gracia de Dios, que protege á de Maistre, tú reinas y tu escriba escribe. Vivid en paz.

Yo, cazador silvestre, vago por los espesos matorrales; escucho el ladrido de una jauría ideal; admiro la grandeza de la real bestia y me gusta encontrar activos seres malignos, á fin de tranquilizar al mundo con mis cantos; no estoy enfadado cuando me atacan leones, ó me cercan monstruos, legiones rugientes. Está bien, les espero pensando bajo los cipreses. Les enseño los dientes cuando se acercan demasiado; cuando es preciso hago con ellos un escarmiento eficaz, y puede verse á mis piés, en la sombra, la osamenta de uno de ellos, que creo que era un emperador. Pero tengo muy poco tiempo para enfurecerme y prefiero estar tranquilo.

Medito sobre la tierra, bendecida en el fondo de los cielos, maldecida por el fakir sangriento en el fondo de los templos negros; amo al pájaro en el huevo, á la encina en la bellota, el porvenir en el niño; y en cuanto la aurora empieza á derramar la luz, digo: ¡Todavía!, y pido para nosotros al cielo humanidad, una inmensa prolongación de claridades. Las injurias que se me pueden hacer están cubiertas por el azul, por el dulce estremecimiento de las ramas verdes, por la divina charla de los melodiosos nidos. Esta naturaleza tiene tantos oídos y tantos ojos, mira al hombre con tanta majestad, es de tal modo pródiga y de tal modo económica de su fuerza, que todo recibe, que nada pierde; mezcla tal inspiración á su potente concierto, que yo siento la necesidad de ser un pensador útil; Dios vigila el viento, yo vigilo mi estilo; porque la tempestad y los versos serían viles burlones si el uno turbara las olas, si el otro abriera sin regla los corazones, y si no tuvieran por objeto en la infame



sombra, el uno sanear el mar, el otro engrandecer los corazones.

La sombra es el enemigo, yo la combato; quiero arrancar confesiones á los enigmas de la suerte, quitarles nuestro corazón, que tienen ellos en su garra, disipar la ignorancia, abolir la miseria; soy el espíritu severo, inquieto, frío, altivo y el contradictor del destino enorme; camino bajo el horror de los ramajes soberbios, en las profundas flores y en las altas hierbas, ignorando los países prohibidos á mi paso, insultado de tan lejos, que no sé que lo sea; me gustan todos los soles y todas las patrias; soy el combatiente de los grandes ensueños; el pensamiento es mi amigo, la utopía es mi hermana; no tengo odio en mí más que á fuerza de dulzura; como un ruido de olas desbordadas, escucho el murmullo confuso de las futuras ideas, y preparo un lecho á ese torrente que viene; yo sé que Dios promete lo que el porvenir cumple; y preparo en el espacio su camino al progreso; defiendiendo las cunas y las tumbas, paso teniendo por apetito lo verdadero, el bien, lo bello, sin fijarme en los reyes cuando son demasiado pequeños.

X

ALSACIA Y LORENA

¡Oh qué insensato sueño se forjan esos miserables! ¿De quién estáis hablando? De los reyes. ¡Días execrables! ¡Días que seguirán, negros enjambres de Euménides! ¡Tierra y cielos! ¡Que mi nombre, sinónimo de afrenta, sea maldecido, que mi mano se seque y se marchite si un día se calla mi voz acusadora! ¡Tiempo

asqueroso! ¡Así es, pues, como esos homicidas, salpicados de sangre desde el casco á los estribos, borrachos de orgullo, de ruido de clarines, de banderas, tratan á las naciones, sus pálidas prisioneras! César brilla, teñido de púrpura, por una llama horrible: Se corta á los pueblos en pedazos. Se coge lo que se quiere, lo que gusta, el brazo, el corazón, la cabeza. Se es una bandada de aves de rapiña y de tempestad precipitándose sobre el augusto y sombrío género humano. Se es las llaves de la sombra y se tiene en la mano las riendas de los caballos del sepulcro; se excita con la voz á todos los monstruosos perros del Có-cito, Grant, Bismarck y Gladstone y Brancoft el ladrador; aquella prostituida inepta, el espanto, madre de las cobardías, os ayuda asustada; y para matar París, ¡oh atea tentativa!, como en otros tiempos Jerjes contra Leónidas, se empuja la horrible marea de los soldados, se hincha la oleada negra de las siniestras legiones; se es los dioses, teniendo los demonios por ministros; y cuando se han cometido todos esos crímenes, se va á dar gracias á aquel espectro idiota, ¡Jehová! Luego se canta y se ríe, sin ver que aquella fiesta, donde falta el verdadero Dios, disgusta al verdadero profeta, y que el justiciero, Juvenal, d'Aubigné, Tácito, está allí caviloso y mirando indignado. Se entierra el dinero pillado, las dos provincias, los muertos; se tiene la espantosa alegría de los príncipes; se hacen visitas, se ofrece un regimiento; se es más risueño que espinosa es la retama; se arrastra en los encantadores bailes sus reales parejas, y de tigre á tigre se hacen caricias. En cuanto á la sangre, dejadla correr, es un torrente; y, sin embargo, se tienen sofistas que doran aquellas glorias, aquellos tratados odiosos, aquella infamia. Una bella cautiva es una bella amiga, con tal que comprenda y se calme; cerremos el antro de los vientos que soplan sobre los mares y los montes;

que del sangriento drama salga el idilio agreste; ¡paz!, cuando se ha cogido todo, se puede dejar lo que queda. ¡Felicidad! ¡Concordia! ¡No más ira! ¡No más espanto! Y se dice á Francia: Vamos, sosiégate; está concluido, Francia.—¿Y cómo, dice esta madre, borraré yo Estrasburgo y Metz de mi amarga memoria? ¡Oh! ¡Antes olvidaré mis dos senos arrancados! ¡No, no olvidaremos! Fuera de lo que buscáis, el botín, luego la paz en la desierta selva, lo que esperáis no lo tendréis, ciertamente; pero lo que tendréis, no lo esperáis: es el precipicio. Avanzad paso á paso por la sombra. Id, caminad. Siempre detrás de la victoria, el porvenir, libro obscuro, reserva para la historia una hoja, negra ó blanca, que se llama el reverso. Los profundos naufragios están abiertos ante vosotros. Id, hombres de la noche. ¡Ah! sois soberbios, reináis; ¡oh, segadores, en vuestras gavillas plegáis cadáveres, flores, cipreses, laureles, conquistadores de quienes tendrían envidia los usureros! Pero en vano contáis, robadores de mi Lorena, con mi poca memoria y con mi poco odio; yo soy uno, yo soy Todos, y lo que os digo os lo dicen todos los corazones furiosos, ¡bandidos! ¡No, no olvidaremos! Lorena, Alsacia, oh ciudades; oh, queridos franceses, países sagrados, estad tranquilos, no tardaremos. La espada que la pálida Judith hundió en el costado de Holofernes, está ya pronta. ¡Eterno recuerdo! ¡Guerra! ¡Guerra! ¡Revancha!

¡Ah! Tu pueblo vivirá, pero tu imperio se inclina, Alemania. ¡Oh rebelión en el fondo de la tumba sorda! ¡Oh formidable rebato en el campanario de Estrasburgo! ¡Osamentas removidas! ¡Levantamiento de fantasmas! Czares, príncipes, emperadores, amos del mundo, átomos, ¡cómo vuelan en la noche esas grandes miserias! ¡Cómo se desvanece la eternidad de los reyes! Hombres jóvenes, viejos, aullando, cam-

pesinos, campesinas con hoces por partesanas, ¡ah! el día de la lucha, vendrán más de uno. Metz imitará á Lille, y Estrasburgo á Châteaudun; vuestros cañones volverán sus bocas contra vosotros y las torres os arrojarán, ¡buhos, milanos, cuervos, buitres! Se verá hormiguar el precipicio de las espadas; entonces, la Revolución en pie, con el sable en el puño, revivirá, altiva, al viento de las epopeyas; y vosotros, á quienes el porvenir no quiere, oh reyes, veréis pálidos reaparecer aquella gorgona á través del ramaje espantoso de la Argona. Francia abrazará á la Alsacia, abrazará á la Lorena, ¡triumfo!, y la Europa será; y vendrán los vengadores con cantos y chiflas más abundantes que la sombra en los negros pozos de las nubes, más apretados que el aguacero en un cielo lluvioso, y yo veré eso, yo que soy viejo.

★

¡Reís! ¿No es verdad que la hora, reyes, está mal escogida para tanta esperanza y tanto frenesí, cuando se vacían nuestros sacos de escudos, cuando tenemos la misma suerte que en otros tiempos tuvieron los esclavones, cuando toda nuestra sangre escapa por nuestra vena abierta, cuando todos vuestros gozosos fusiles llevan su rama verde, cuando todo es gloria, orgullo, fuerza?—Pues bien, ¡ya veréis! Sea; los sueños no están aún desdorados; pero, príncipes, esa cosa extraña, la justicia, existe; y cualquiera que sea el palacio que se levante, aunque fuese de mármol, es de arcilla, y su cimiento perecerá si no tiene el derecho por base; su muro es vano si no está guardado más que por el número y su puerta de bronce está hecha con sombra. Vuestros pueblos están ya arrepentidos de ver en vosotros tanta embriaguez, cetro tal en las manos, tanto poder; ellos os han coronado no sabiendo que

un Louvre abriga desde que se le abre la rapiña y el robo; se estremecen al ver que lo han cogido todo. El árbol inmenso del desprecio saldrá de su flanco, como sale de tierra una encina horrible.

¿Creéis, todopoderosos estúpidos, que se hace callar el eterno clamor de los hombres oprimidos? Pensáis sobre los goznes de la noche, cerráis la puerta por donde debe venir la grande aurora. Intentáis sofocar el alba augusta y sonora. ¡Ah! ¿Os atrevéis con el porvenir siniestro? Él viene á resucitar, á salvar, á amar, á castigar. ¡Temblad! ¡Violáis la orilla inabordable! ¿Sabéis los secretos de la formidable noche? Ese nosotros que conoce la misteriosa mañana. Lo que germina, lo que se avanza, lo que nace, lo que piensa, es nuestro. ¡Temblad, pues, oh déspotas! Todo lo que tú haces, Krupp; todo lo que revuelves, Bismarck; todos los hornos, flamígeros embudos, donde la áspera fragua sopla con sus negros pulmones, fabricando cañones, morteros, bombardas, todo lo que á los falsos bardos inspira un falso triunfo, reyes, os lo repito, esa decoración de ópera palidecerá, pasará, huirá, se derrumbará.

¡Sí, somos caídos y vencidos, y el Jante tembloroso no ve más yacente á Ilión! Sí, estamos en tierra, abajo, rotos, batidos; sí, pero el 92 y sus sombrías virtudes crecen en nuestros hijos, y nuestro cielo se dora con ese viejo astro, abierto en esa joven aurora; sus frescas voces están ahí cantando los grandes desafíos; vemos renacer á nuestros abuelos en nuestros hijos. Sí, vosotros os lo lleváis, pero nadie engaña ni evita el ojo invisible; y por deprisa que ande un ladrón, el castigo cojo le sigue y le alcanza; pero mi país no está bastante muerto para no oír desde su tumba vuestra carcajada, y esto te despierta, oh Francia, oh paloma

mía, oh mi dulce patria, oh grande águila espantable. Sí, creéis que todo acaba barriendo, y que cuando se han puesto los escombros en un rincón se puede dejar vagar las sombras sobre las tumbas. Pues bien, no. Porque una sombra es un alma. Sí, tiranos, estamos extenuados, desnudos, expirantes; no tenemos amigos, ni dinero, ni ejército, ni fronteras; pero tenemos la humareda de nuestros caseríos quemados, que os denuncia á todos y que ennegrece el cielo contra vosotros y para nosotros. Pero cuando la nave zozobra, la estrella sobrevive; pero cuando el asesinado se desangra en el bosque sombrío, un fulgor descolorido sale del cadáver desnudo; pero el destino reflexivo siempre se ha acordado de la necesidad de castigar á los culpables; pero el enjambre invencible de las fuerzas impalpables que se llaman verdad, deber, progreso, razón, viene hacia nosotros y llena el horizonte de rumor; pero nosotros somos ayudados por toda el alma humana; pero el mundo tiene necesidad de una antorcha que le conduzca, y vosotros os llamáis tinieblas; pero la luz, el santo trabajo, la paz, la libertad, el amor, todo esto conduce al hombre y está comprendido en la palabra ¡Francia! Sí, nosotros somos el luto, la caída, el sufrimiento; ningún pueblo aún ha reaparecido de tan bajo; pero tenemos para nosotros ese alguien desconocido, cuya sublime sombra se ve pasar por momentos por encima de la enorme muralla del abismo.

9 noviembre 1872. H.-H.

XI

LA LIBERACIÓN DEL TERRITORIO

1873

*

Yo no me encuentro libertado. No, por más que me yergo, me doy de cabeza con el techo de la tumba; me ahogo, tengo sobre mí la enormidad terrible. Si algún respiradero blanquea la noche visible, distingó allá abajo Metz, allí Estrasburgo, allá nuestro honor, y la obscura proximidad de los combates, y los hermosos niños rubios mecidos en las quimeras, sonrientes, y pienso en vosotras, ¡oh pobres madres! Consiento, si se quiere, en mirar; veo á éstos reír, á aquéllos cantar á voz la mies de oro, el estío, las flores y la patria siniestra, siendo su ensueño una batalla. Antes de poco el arquero negro empuñará el cuerno. Calculo el tiempo que falta todavía; pienso en la espantosa refriega de las espadas. Cuando se usurpan fronteras por la fuerza, cuando un pueblo que yace se ve el costado abierto, abril puede brillar, el bosque puede estar verde, el árbol puede estar lleno de nidos y de ruidos de alas; pero los montones de balas negras en las ciudadelas tienen aire de tener un sueño y de estremecerse á veces; pero los mudos cañones escuchan una voz que les habla bajo en la sombra, y el trágico porvenir sopla su lógica á todo aquel bronce feroz.

¡Cómo! ¡Mientras cantáis no oís, hermanos míos,